

MICHERON, Hugo.
La colère et l'oubli. Les démocraties face au jihadisme européen.
Paris. Grasset, 2023, 400 pp.

Eguzki Urteaga

<https://dx.doi.org/10.5209/anaqe.92689>

Hugo Micheron acaba de publicar su último libro, titulado *La colère et l'oubli. Les démocraties face au jihadisme européen*, en la editorial Grasset. Conviene recordar que este doctor en Ciencias Políticas por la Universidad de París Ciencias y Letras ha realizado una estancia posdoctoral de dos años en la Universidad de Princeton como investigador asociado en el departamento *Near Eastern Studies*, antes de convertirse en profesor en la Escuela de Asuntos Internacionales del Instituto de Ciencias Políticas de París y en investigador en el Centro de Investigaciones Internacionales (CERI). Es autor de tres libros titulados respectivamente *Le Jihadisme français. Quartiers, Syrie, prisons* (2019), *Jihadisme européen. Quels enjeux pour l'avenir?* (2022) y *La colère et l'oubli. Les démocraties face au jihadisme européen* (2023). Esta última obra ha sido galardonada por el Premio de Geopolítica 2023 y el Premio Fémina 2023 en la categoría de ensayo.

En la presente obra, el autor constata que, “desde el 11 de septiembre de 2001, cerca de ciento cincuenta atentados islamistas han sido perpetrados en el Viejo Continente (800 muertos y cerca de 5.000 heridos). A todo ello se añaden los centenares de atentados frustrados, de Brest a Viena, de Glasgow a Milán, de Barcelona a Oslo” (p. 11). No en vano, el yihadismo no se reduce a los atentados, dado que produce “unos efectos políticos duraderos que afectan profundamente y negativamente a la cohesión de las democracias europeas, empezando por la polarización política que se construye en un debate público deteriorado, mezclando inmigración, (...) islam y violencia” (p. 11).

Como lo indica Micheron, “los ataques representan un síntoma tardío de la presencia de individuos que se adhieren a esta ideología y a sus métodos letales” (p. 11). En ese sentido, los atentados se producen al final de un proceso, como “la materialización de la existencia del yihadismo en el corazón de las democracias europeas” (p. 12). Más allá del problema de la seguridad, existe un yihadismo entre los atentados que debe ser analizado como tal.

Ante todo, conviene partir de los datos cuantificables y objetivables que se hallan a nuestra disposición, tales como el “número de personas que han integrado una organización yihadista durante la guerra de Siria en los años 2010” (p. 12). A escala europea, incluyendo el Reino Unido, se considera que representan alrededor de 6.000 personas, que se concentran especialmente en Europa del Oeste. De hecho, “cerca del 90% de los [yihadistas] son originarios de ocho países: Francia (1910, 32% del total), Alemania (950, 16%), Reino Unido (850, 14,5%), Bélgica (498, 8,5%), Suecia (310, 5%), Países Bajos (300, 5%), España (230, 4%) y Dinamarca (145, 2,5%)” (p. 12). No en vano, si se relacionan estos datos con la población de cada país, los países más afectados son Bélgica, Suecia y Dinamarca.

En ese sentido, de manera contra-intuitiva, los desplazamientos hacia Siria conciernen proporcionalmente en mayor medida los países escandinavos que carecen de pasado colonial en África y Oriente Medio y que se caracterizan por la fortaleza de sus Estados de Bienestar. En cambio, Italia constituye una excepción en Europa, dado que solamente 29 residentes se han incorporado al yihad en el Levante, de los cuales únicamente 11 habían nacido en Italia. Este país no ha conocido un yihadismo endógeno contrariamente a otros países del Viejo Continente (p. 13).

En cuanto a Francia, este fenómeno se desarrolla en unos barrios específicos que no son necesariamente los más desfavorecidos. De hecho, los yihadistas prosperan en clústeres, familias y grupos de amigos determinados. Esta constatación es válida para todos los países europeos. Así, Micheron observa que este fenómeno concierne una veintena de zonas en Francia y Alemania, una quincena en Gran Bretaña, una media docena en Países Bajos, y cuatro en Dinamarca, Bélgica, Suecia y España. Obviamente, esto no significa que las dinámicas yihadistas se restrinjan a estas zonas, ni que estos territorios estén completamente sometidos “a un yihadismo desenfrenado e irrecuperable” (p. 14).

El factor más determinante para explicar el número de salidas hacia Siria “no es ni el nivel de pobreza, ni el tamaño de la población musulmana local, sino la proporción de actores salafistas en su seno” (p. 14). En otras palabras, “el yihadismo aparece como un nicho en el seno del espectro salafista” (p. 15). Asimismo, “los individuos de los diferentes municipios mantienen relaciones unos con otros, lo que implicaría que las dinámicas entre estos diferentes espacios estén relacionadas” (p. 15). Esto exige cruzar diferentes

perspectivas y contextualizar estos fenómenos situándolos en territorios determinados. Este elemento es congruente con otro aspecto relativo a las salidas hacia Siria. “Las zonas concernidas corresponden a unos espacios en los cuales se han implantados los veteranos del yihad en los años noventa y sus sucesores europeos en la década [siguiente]” (p. 15). Esto significa que, detrás de la geografía del yihadismo europeo, se esconde una historia propia hecha por individuos concretos. Dicho de otra forma, “el yihadismo no ha caído del cielo, ni salido de tierra: ha sido trasplantado por [activistas]” (p. 15).

No en vano, en Europa, se tiende a explicar las salidas hacia Siria “por los disfuncionamientos de los contratos sociales en vigor en cada uno de los países concernidos, sin tener una visión global” (p. 16). En Francia, por ejemplo, el debate que opone Gilles Kepel y Olivier Roy gira en torno al cuestionamiento del papel de la religión en la radicalización que se focaliza en los retos relativos a la laicidad. Esta última “es sospechada por unos de ser demasiado exclusiva además de generar resentimiento y rechazo de los que se nutre el yihadismo, mientras que representa, para otros, una fortificación que debería ser reforzada y cuyas fisuras fragilizan el edificio republicano” (p. 16). Semejantes debates, más o menos virulentos, oponen las opiniones públicas de los demás países europeos “en torno al comunalismo en Gran Bretaña, al diferencialismo cultural en Alemania, al igualitarismo social en Escandinavia, al multiculturalismo en Países Bajos” (p. 16). En ese sentido, “cada sociedad tiende a explicar el yihadismo a la luz de su propio modelo, sin percibir que el fenómeno se expresa en términos próximos en unas sociedades cuyos sistemas políticos e institucionales [y cuyas] relaciones con la religión son muy diferentes” (p. 17).

Ampliando la mirada, se observa que, “a pesar de la diversidad de los modelos, [los países europeos] comparten una historia política común, un zócalo de valores fundamentales que se articulan en torno al respeto del Estado de derecho, a la garantía de las libertades individuales fundamentales y a un distanciamiento más o menos marcado hacia lo religioso en la esfera pública” (p. 17). De la misma forma, “además de las consideraciones [vinculadas a la seguridad] y a las dinámicas de salida hacia Siria, estas sociedades se han visto atravesadas por numerosos debates conexos que se han planteado en términos similares” (p. 17).

Es preciso comprender que “el yihad viene del interior, de las mutaciones de las sociedades europeas, de su propia historia, lo que incluye la sedentarización de los inmigrantes [de confesión musulmana], la vulnerabilidad económica de ciertos barrios, el [pasado] colonial no elucidado” (pp. 17-18). Asimismo, es un fenómeno que viene de fuera y que ha sido parcialmente importado en el territorio europeo por activistas musulmanes, “implicados en conflictos a priori lejanos pero que tienen un cierto interés en enraizarse y aclimatarse al entorno político, social y religioso local” (p. 18). Y, si “la nueva contextualización del fenómeno yihadista en unos territorios implica tener en cuenta las historias locales”, porque estos ingredientes no son idénticos en función de las culturas en cuestión, conviene considerar que “el yihadismo se inscribe en unas transformaciones comunes a estos diferentes países a lo largo de los últimos treinta años y [cuyos rasgos] más evidentes son la desindustrialización [consecutiva] a la globalización, la digitalización bajo el efecto de la revolución digital y la diversificación vinculada a la llegada de población [extranjera]” (p. 18).

Asimismo, el factor lingüístico parece ser más determinante que el factor social. De hecho, las dinámicas observadas en Francia son similares a aquellas constatadas en Suiza francófona y Bélgica wallona, mientras que las redes flamencas se relacionan con las redes holandesas. En efecto, “los activistas presentes en las zonas germanohablantes, en Alemania, Austria y Suiza [alemánica], funcionan de manera concertada, así como los escandinavos forman un espacio aparte” (pp. 18-19). La situación de los británicos es peculiar, dado que, al conocer la *lingua franca* del siglo XXI, “juegan un papel de emulador y de coordinador entre las diferentes zonas” (p. 19). La importancia del factor lingüístico en la organización del fenómeno yihadista se explica por el hecho de que es el principal instrumento “de la predicación política y religiosa, que constituye (...) el primer carburante de la difusión de esta ideología” (p. 19).

Ante semejante panorama, nos dice el autor, el principal error consiste en “abordar el yihadismo únicamente a través del prisma de las categorías de pensamiento occidentales” (p. 19). En efecto, si afecta al Viejo Continente hoy en día, el fenómeno yihadista se ha desarrollado muy lejos de los suburbios franceses y de las *inner cities* belgas y británicas. “Ha aparecido en el corazón de un conflicto cuya violencia es inédita y que ha ensangrentado a Afganistán entre 1979 y 1989 tras la invasión soviética” (p. 19). Lo que, para los occidentales, representa el inicio del final de la URSS y el último episodio de la Guerra Fría, corresponde, para los yihadistas, a su inicio. Ese enfoque erróneo se ha mantenido a lo largo del tiempo.

Conviene subrayar que, en las últimas tres décadas, la evolución del yihadismo no ha sido lineal, dado que ha tenido una forma sinusoidal, “marcada por picos y por secuencias de declive. Los [yihadistas] tienen tendencia a comportarse diferentemente en función del estado de la relación de fuerzas con sus enemigos y de las oportunidades que se les ofrecen. Han alternado entre dos periodos distintos de activismo: fases de acción y de expansión, cuando se consideraban en posición favorable, y fases de repliegue y de reconfiguración, cuando se sentían en posición de debilidad” (pp. 20-21).

En las fases de efervescencia, el yihadismo es visible, ya que sus simpatizantes priorizan el yihadismo guerrero y ofensivo. Las organizaciones que lo encarnan, especialmente Al-Qaeda y más recientemente el Estado Islámico, “planifican atentados contra sus objetivos designados: los regímenes musulmanes presentados como ‘apostatas’ y las potencias occidentales [consideradas como] ‘infieles’. [Realizan] declaraciones vehementes a través de sus portavoces designados y despliegan su propaganda vía todos los soportes. Sus miembros se agrupan en los teatros de operaciones en el extranjero que se convierten en el epicentro de su activismo, por ejemplo, en las zonas tribales afgano-pakistaníes (años 1990), en Irak (años 2000) o en Siria (años 2010). Intentan someter estos territorios a fin de aplicar la interpretación más rigorista de la *charia*, presentada como un corpus normativo perfecto, un modelo político inspirado en lo divino y la única expresión posible del islam. Buscan la mediatización de sus operaciones para galvanizar a

los simpatizantes, seducir a nuevos miembros e intimidar a sus adversarios” (p. 21). Durante los periodos de afirmación, recurren especialmente a la acción armada.

En las fases de calma, “el yihadismo parece haber sido vencido, entra en una fase de repliegue. Los grupos que contemplaban la victoria pocos meses antes [se retrotraen]. Las organizaciones han sido dislocadas bajo los golpes de las fuerzas que han despertado y se han aliado contra él, o se desgarran unos a otros en combates fratricidas. Carecen de la capacidad operativa de cometer atentados de envergadura. Sus portavoces hacen el elogio de la clandestinidad. (...) Sus emires, cuando no han sido desboscados y matados en Siria en bombardeos aéreos, como los jefes de Al-Qaeda Oussama ben Laden o más recientemente Ayman al-Zawahiri, se esconden o son detenidos” (p. 22). Se deduce apresuradamente que el silencio de las armas significa la debilidad del yihadismo. “La figura emblemática del periodo anterior evoluciona hacia la de un prisionero demacrado. (...) La urgencia ya no es la desestabilización directa de las sociedades enemigas sino la reconfiguración ideológica e intelectual, la adecuación inmediata frente a esta nueva realidad judicial y de seguridad. (...) A la lucha física se substituye la subversión ideológica desde el exterior o el interior de los países concernidos. Los [yihadistas] intentan, en la medida de lo posible, estar fuera de los radares [y] convencer las instancias judiciales de reducir sus penas de cárcel” (p. 22).

Alternando entre “lucha física e ideológica, visibilidad y discreción, urgencia y paciencia, atentados y adoctrinamiento, el yihadismo constituye un fenómeno (...) adaptable que fluctúa en función del contexto. Pero no cesa por ello de existir entre estas diferentes fases” (pp. 22-23). Micheron subraya que esta oscilación de la dinámica yihadista es mal comprendida en Occidente. De hecho, la perspectiva habitual tiende a ignorar ese péndulo y a analizar ese fenómeno de manera estática, en función del riesgo de cometer atentados que representa. “Las mutaciones que se producen durante las fases de debilidad y que determinan la forma que tomará la próxima ola interesan poco” a los decisores y a los medios de comunicación (p. 23). Al no tener en cuenta “la doble dimensión política y religiosa propia a esta ideología y a las condiciones de su difusión, las sociedades europeas se exponen a padecer el tempo que imponen los yihadistas en lugar de anticipar las recomposiciones [a la obra] a largo plazo” (p. 23).

La alternancia entre estas fases “ha sido conceptualizada por varios ideólogos y, especialmente, por una de las fuentes de inspiración fundamental del movimiento salafo-yihadista, el Hermano Musulmán Sayyid Quth” (p. 23). En su óptica, “el activismo es presentado como una sucesión de periodos de fuerza, en los cuales la lucha abierta está prescrita, y de debilidad, en los cuales la predicación, el combate político y la enseñanza religiosa deben ser privilegiados” (p. 23).

En ese sentido, el presente libro analiza “la manera en que el yihadismo, como ideología, ha contribuido a producir una nueva definición de la identidad islámica y cuestiona la forma en que esta, una vez transpuesta en el seno del islam europeo, ha transformado en profundidad la relación de ciertos musulmanes al lugar de residencia en Europa, a su país, a su identidad europea, hasta el punto de proyectarse en una forma de ruptura absoluta y violenta con los valores constitutivos de estas sociedades” (p. 24). En ese sentido, “tiene como ambición aportar unos elementos de explicación a la expansión del yihadismo fuera del Oriente Medio y a las tensiones políticas que resultan de ello en Europa” (pp. 24-25).

De hecho, a pesar de los numerosos libros dedicados al islamismo radical, ninguno ha realizado hasta la fecha una historia del yihadismo en Europa. Por lo tanto, se trata de analizar ese movimiento independientemente de los atentados que comete, abarcando diferentes periodos históricos y áreas geográficas, del Oriente Medio a la zona euro-mediterránea. Es cuestión de “vincular las dinámicas locales con las transformaciones globales que convergen en las salidas de seis mil europeos hacia la Siria del Estado Islámico y en unas configuraciones inéditas desde la caída de esta organización” (p. 25).

Si esta obra da cuenta de la evolución histórica e insiste especialmente en los periodos de aparente declive del yihadismo, no es por ello un trabajo de historiador sino la obra de un politólogo. “Se basa en la recogida y la explotación de fuentes primarias y secundarias, así como en archivos inéditos disponibles en tres lenguas (francés, inglés, árabe) en el amplio fondo de la biblioteca de la Universidad de Princeton (...). Estos elementos enriquecen un abundante trabajo de campo realizado en Francia y en Bélgica iniciado hace diez años, así como en las cárceles con varias decenas de yihadistas franceses y actores de la guerra del Levante antes y durante la caída de Daesh. Ha sido profundizado por un trabajo de campo complementario compuesto por 70 nuevas entrevistas realizadas entre 2020 y 2022 en ocho países europeos y en Estados Unidos” (p. 26).

Por lo tanto, la presente obra “reúne las percepciones cruzadas de actores de primer nivel durante cerca de tres décadas, tanto de yihadistas occidentales como de responsables políticos y policiales, de trabajadores sociales, de electos, de imames, de antiguos [activistas], de testigos corrientes de acontecimientos anodinos cuyas repercusiones desencadenan unas polémicas mundiales” (p. 26).

Lo cierto es que, durante las últimas décadas, fases de “flujos y de reflujos del yihadismo en el Viejo Continente se han sucedido con una sorprendente regularidad, [realizando] un ciclo completo cada década, cada uno siendo objeto de una parte de este libro: 1989-2001, 2001-2010, 2010-2023” (p. 26). Los cambios de era se producen cuando acontecen acontecimientos históricos y se producen transformaciones mayores “que provocan un cambio radical de las relaciones de fuerza y de las percepciones en los entornos concernidos” (p. 26).

El fenómeno yihadista hunde sus raíces “en la guerra de Afganistán de los años 1980, se enraíza en Europa en los años 1990 y se despliega después del 11 de septiembre de 2001, se extiende a nuevos horizontes [activistas] con la aparición del yihad en Irak y luego en Siria, donde cambia de escala. En el momento posterior a Daesh, atraviesa nuevas fases de mutación, en las cárceles y en el seno de las sociedades europeas, lo que convierte la comprensión del movimiento general en aun más imperiosa” según el autor (p. 26).

Lo cierto es que, desde finales del siglo pasado, la ambición de los grupos yihadistas se ha incrementado. “A pesar de los reiterados fracasos, en cada nuevo ciclo, las organizaciones de referencia han intentado [dar] a su proyecto un cariz cada vez más religioso” (p. 363). No en vano, durante el mismo periodo, la magnitud de las oscilaciones no ha cesado de incrementarse. Así, “los europeos han sido cien veces más numerosos en desplazarse a Siria que sus homólogos a Bosnia veinte años antes” (p. 364). Este fenómeno ha tomado forma en tres tipos de espacios: “en los barrios donde [residían] los veteranos [del yihadismo], en los centros penitenciarios y en los institutos salafistas y los frentes del yihad en el extranjero. Allá donde los idearios originales hacían referencia a conflictos lejanos, a veces desconocidos fuera de los núcleos [activistas], la experiencia yihadista alude hoy en día a retos internos de las sociedades europeas” (p. 364). Se dirige actualmente a los autóctonos y se difunde a través de las redes sociales.

No en vano, el reflujó actual del yihadismo resulta en mayor medida de los errores tácticos cometidos por las organizaciones yihadistas que, de las respuestas políticas, intelectuales y religiosas ofrecidas por las sociedades europeas. El autor considera que el Viejo Continente “no puede esperar eternamente los fracasos de sus enemigos declarados para solucionar un problema tan complejo. Semejante enfoque correría el riesgo, en el mejor de los casos, de continuar alimentando la dinámica identitaria y la fragmentación política, y, en el peor de los casos, de exponerse peligrosamente a un nuevo repunte [de los atentados yihadistas]” (p. 364-365). De hecho, la desaparición del Estado Islámico no soluciona el problema del yihadismo europeo. “Anuncia un nuevo periodo de mareas bajas que sitúa la cuestión de su porvenir en el corazón del debate político y societal y que la disminución del número de atentados no debe disimular” (p. 365). En efecto, desde 2019, se han producido sobre todo ataques llevados a cabo por “individuos poco organizados, a menudo inestables psicológicamente, poco conectados a las grandes organizaciones [yihadistas]” (p. 365).

En este contexto, los yihadistas “intentan reaccionar al fracaso del Estado Islámico haciendo de la lucha contra los valores democráticos europeos y la salafización del islam una prioridad. Desean reducir la hostilidad de la que son objeto presentando sus acciones como una respuesta prescrita por el auge de la extrema derecha” que simultáneamente ven con buenos ojos porque permite dividir las sociedades y polarizar los debates políticos. Su finalidad es normalizar sus posiciones y “persuadir nuevos creyentes de romper con todo lo que no estaría prescrito por el islam más riguroso, [de modo que sea preciso] tener en cuenta, a nivel político, la tendencia al repliegue comunitario y, a nivel religioso, su proximidad potencial con grupos islamistas más amplios y que históricamente les habían proporcionado sus [activistas]”, tales como el Tabligh, los Hermanos Musulmanes, el Hizb at-Tahrir, etc. (p. 365).

Ante esta situación, en cada país europeo, “los gobiernos tanto de izquierdas como de derechas han desplegado diferentes medias que van en el sentido de una mayor toma en consideración de la dimensión territorial del activismo islamista, sea en el marco de las evoluciones sucesivas del programa Prevent desde hace quince años en Gran Bretaña, del plan [sobre el] separatismo en Francia durante el otoño de 2021, de la movilización de ciertos Lander alemanes o de las reflexión en curso en Países Bajos, Dinamarca o Suecia” (p. 366). No en vano, el autor considera que ninguna solución será duradera sin la movilización política y la implicación ciudadana de las sociedades concernidas. Asimismo, “las respuestas que aspiran a reforzar el arsenal [represivo] sin contemplar otras [soluciones] corren el riesgo de tener efectos muy limitados sobre las causas [del fenómeno yihadista]” (p. 367).

Más aun, teniendo en cuenta que “el modelo democrático no es tan frágil como parece. [De hecho], la cohesión de las sociedades europeas ha sido puesta a prueba, pero han hecho gala de una resiliencia y de una madurez política [notables] tras los atentados de Daesh entre 2014 y 2018. No obstante, aunque los equilibrios democráticos sean sólidos, son simultáneamente vulnerables. Por lo cual, nos dice el autor, “el reto actual consiste en prevenir la aparición de una nueva fase de activismo, lo que necesita recursos, [dado que] los periodos de marea baja, que corresponden al periodo actual, son, de lejos, los más importantes para la evolución futura del yihadismo” (p. 369).

En definitiva, al término de la lectura de la obra *La colère et l'oubli. Les démocraties face au jihadisme européen*, es preciso reconocer la gran actualidad del tema abordado y el perfecto dominio del que hace gala el autor tanto de la literatura científica especializada en lengua inglesa, francesa y árabe como de la realidad empírica del fenómeno yihadista en Europa fruto de sus múltiples trabajos de campo realizados a lo largo de la última década. Perfectamente documentado y enriquecido por numerosos *verbatim* provenientes de las entrevistas realizadas, esta obra está bien estructurada. La solidez de la argumentación y la pertinencia de la tesis defendida son sumamente convincentes. Redactado en un estilo fluido que huye de la jerga científica sin renunciar por ello al rigor analítico, la lectura de esta obra es altamente recomendable para mejorar nuestra comprensión del fenómeno yihadista en el Viejo Continente.

Bibliografía

- Micheron, H. *Le Jihadisme français. Quartiers, Syrie, prisons*. Paris: Gallimard, 2019.
 Micheron, H. *Jihadisme européen. Quels enjeux pour l'avenir?* Paris: Gallimard, 2022.
 Micheron, H. *La colère et l'oubli. Les démocraties face au jihadisme européen*. Paris: Grasset, 2023.